
Diarios de cuarentena

S

DE MAYO

**MEMORIAS
ENCONTRADAS
EN UNA BAÑERA**

En algunos valles se pueden encontrar extrañas formaciones que parecen demasiado brutas como para haber sido esculpidas por el clima y los elementos. Líneas rectas, repetición, etc. Son restos de ciudades, pequeños retazos de edificios que para los viajeros resultan útiles...

Memorias encontradas en una bañera

Nuestro protagonista ahora está en el futuro. No importa el año, aquí no tienen vigencia los calendarios como los conocemos. Más bien, la dimensión del tiempo en general como la entendemos y percibimos nosotros aquí no tiene lugar. Futuro significa que nuestra era se aparece tan distante como para nosotros están la cultura Maya, la Grecia Antigua o la China de comienzos de la Era Imperial. Pero nuestro protagonista no sabe nada de esto. De hecho, poco sabe sobre las civilizaciones que lo preceden.

Su vida transcurre deambulando por los desiertos del mundo, vastos territorios que separan los escasos islotes de sociedades humanas que van germinando por aquí y por allá. En los páramos en que se encuentra hoy, la naturaleza parece recién estar empezando a brotar entre la arena gris, las rocas y uno que otro rastro del pasado humano. Aún así, da suficiente como para sobrevivir y mantenerse andando.

En algunos valles se pueden encontrar extrañas formaciones que parecen demasiado brutas como para haber sido esculpidas por el clima y los elementos. Líneas rectas, repetición, etc. Son restos de ciudades, pequeños retazos de edificios que para los viajeros resultan útiles de vez en cuando. Se pueden encontrar objetos, sirven como refugio para pasar tormentas, se pueden escalar para tener una visión más amplia, etc.

Paseando entremedio de uno de estos campos de vestigios, nuestro viajero da con un particular grupo de ruinas. Su curiosidad lo impulsa a acercarse. Cruza un pequeño umbral de aspecto macizo y encuentra un pasillo a cielo abierto. A lo largo de él se despliegan dos hileras de umbrales más pequeños, unos frente a otros. Todos estaban abiertos menos uno, que inmediatamente llama su atención. La puerta es grande, pesada y está bloqueada por un montículo de

tierra y piedras. Toma tiempo abrirla, pero lo consigue. Es la única habitación que aún conserva un espacio interior cerrado. Dentro de ella alcanza a divisar solo un par de cosas, una pequeña caja y un objeto que le es difícil identificar. Nosotros sabemos que es una bañera de metal enlozada, de esas que tienen patas animalescas.

No estamos seguros qué tipo de habitación es esta. Bien podría ser el interior de una pirámide que contiene un sarcófago, pero aquí la escala es completamente distinta, y los materiales mucho más frágiles que toscos: podemos reconocer sus baldosas, la técnica constructiva y la grifería de las paredes. Por eso sorprende ver esta construcción todavía en pie. Para él, sin embargo, todo forma parte del continuo misterio que son los cambiantes paisajes en los que transcurre su vida.

Desde nuestro punto de vista este podría ser un sitio arqueológico, pero en su situación el problema se reduce a si es útil o no. Cualquier consideración acerca de su posible *valor* es completamente irrelevante en su época, no hay mediación posible entre él y las cosas que tiene enfrente. En este sentido, lo que suscita particular interés es el contenido de la caja: papel.

Lo que encuentra no es mucho más que un manojo de libros. Hasta donde él sabe, esto que tiene entre las manos es un viejo residuo proveniente de un antiguo y desconocido mundo. Es posible que en otra temporada lo hubiera intercambiado por una cuerda o un cuchillo, pero ahora le viene bien como equipaje.

Hace años que no veía algo así, y nunca había tenido tanto en sus manos. Su conocimiento acerca del papel es muy vago, nunca le han interesado los cuentos y explicaciones sobre el origen del mundo. Es un hombre que mira al futuro. Está convencido de que lo que cree es verdad y de que lo que desea es necesariamente lo correcto.

Desconoce la razón por la que ese material es escaso, o por qué existe del todo. Pero sabe lo esencial: el papel que se puede encontrar en

su época, si no ha sido producido recientemente en un formato y calidad muy distinto al de estos libros, es un raro sobreviviente de “La Gran Descomposición”.

Los registros de su época indican que en algún momento de la “Era de las Máquinas” los virus empezaron a hacerse más y más comunes. Al principio eran solo animales los afectados. Cuando pasó a los humanos en un principio se ignoró, luego se intentó disfrazar u ocultar. La amenaza creció hasta que en un momento los virus empezaron a cambiar sus medios de transmisión, sus características estructurales, su composición química, molecular, etc. Era imposible distinguirlos ya que saltaban de sustancia en sustancia, de materia en materia. La situación se desarrolló a tal punto que uno de estos virus exterminó todo el papel del mundo producto de un fenómeno que se conoce como “papirolisis”. Pero esto fue solo una característica más de un período catastrófico en todo sentido. Al sumar el virus del papel a la crisis tecnológica, que significó la pérdida total de las memorias magnéticas y digitales, nuestra era se transformó en un pequeño-gran bache histórico. Toda la información registrada hasta la fecha en papel u otros medios se perdió. Irónicamente, los habitantes de este futuro conocen más sobre las narrativas de los egipcios, los griegos, mayas, etc. (que escribieron sobre superficies que resistieron de mejor manera los embates humanos y naturales), que sobre las que se produjeron más cerca de ellos en nuestra civilización.

Las generaciones que sobrevivieron esas bíblicas transiciones lograron preservar los conocimientos sobre el lenguaje y las escrituras antiguas, pero él no había aprendido nunca a leer. Cansado luego de haber caminado casi todo el día y feliz por su afortunado hallazgo, se acostó en la bañera con la pequeña caja de papeles encima. Todavía quedaba algo de luz colándose por la gran puerta, lo que le permitía inspeccionar el material.

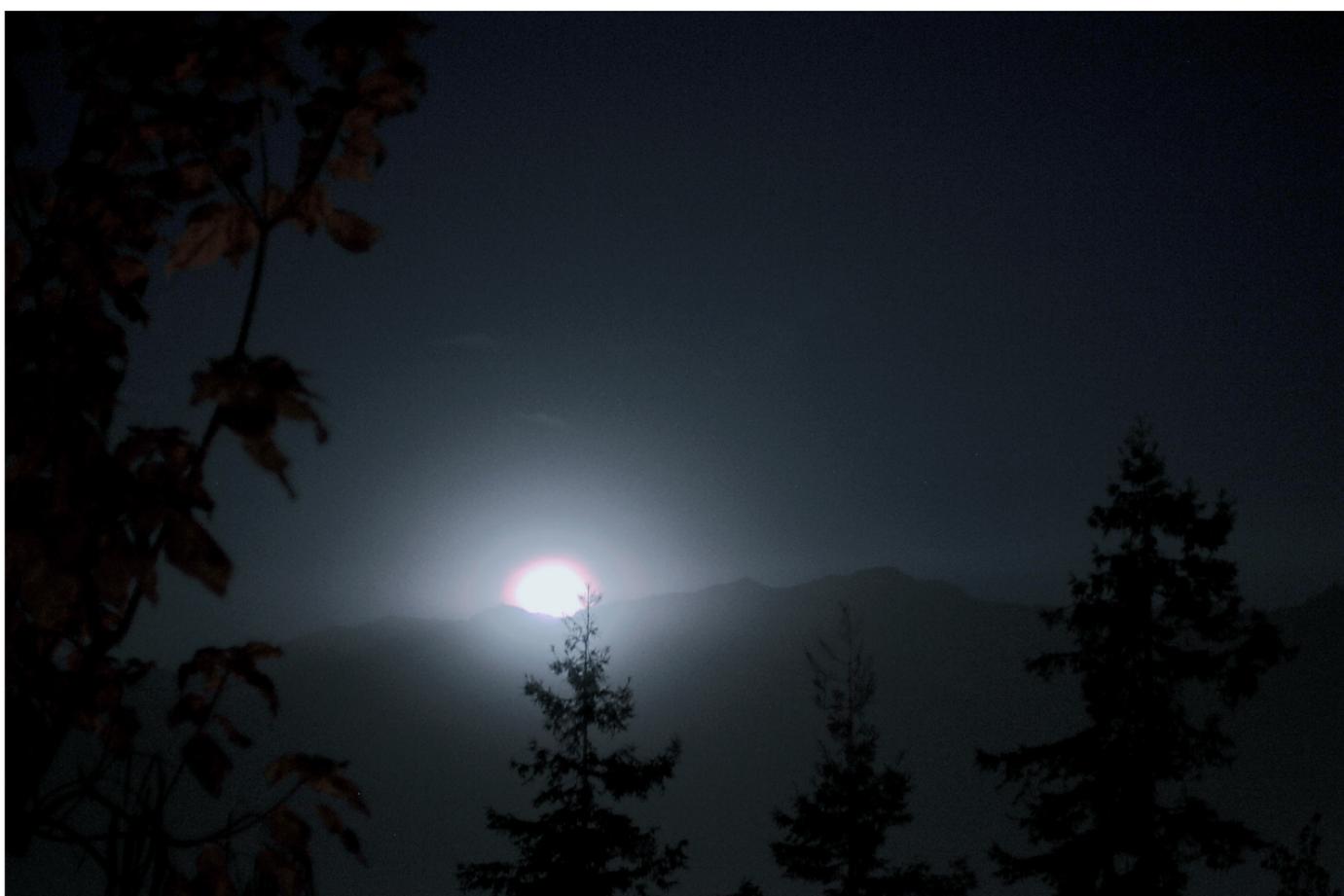
Cabía perfectamente dentro del artefacto, con la espalda cómodamente apoyada y las piernas sobresaliendo. Tomó uno de los libros

que había en la caja y lo abrió en una página cualquiera. Había algo escrito justo en medio de una de ellas. Las páginas estaban oscuras y ásperas. Los papeles que contenían mayor porcentaje de químicos fueron los que desaparecieron más rápido, así que este era un material tanto más primitivo, al menos en su factura. Estaba impreso con una elegante tipografía. Para él no eran más que garabatos, pero por alguna razón resultaban particularmente interesantes, bellos incluso. Su ritmo, regularidad, la manera que tenían de entrelazarse los elementos. Vistos más de cerca parecían pequeños y elaborados dibujos. Estaba hipnotizado por motivos que eran cada vez más profundos, más directamente vinculados con él. El bloque de texto, que él era incapaz de descifrar al menos en tanto texto, decía:

Hoy desperté de un palmetazo. “Sigue contándome la historia, no te quedes dormido”, me dice el cachorro humano, con los ojos todavía cerrados. “Qué historia, si estaba durmiendo”, me defiende. Se ríe y se da cuenta que estaba soñando que le leía una historia y que me ponía a roncar mientras lo hacía. Le causa gracia que tanto en el sueño como en la vida real me haya lanzado un manotazo para despertarme. Hace un tiempo que tiene la costumbre de contar sus sueños. Me entretiene verlo traducir a palabras las situaciones ilógicas que ocurren en ese mundo, la sorpresa con que las relata. Esta mañana le asombró recordar perfectamente la frase que decía el personaje de la historia que yo le leía en su sueño, justo antes de despertar: “El fuego es vida”.

Para cuando nuestro protagonista estaba empezando a salir de su trance el sol ya había bajado, y con él había bajado también la temperatura. Casi no entraba luz a la habitación. Feliz por ese pequeño momento tomó la hoja y la arrugó junto con otras más. Armó una pequeña pila con papeles y pedazos de madera que había podido recolectar en el camino. Tomó su chispero y prendió un fuego. Hipnotizado ahora por las llamas meditaba sobre cómo el tiempo disuelve lo superfluo y conserva lo esencial. La noche prometía ser fría, pero él había aprendido a disfrutar las noches frías tanto como el calor del verano.

5 de mayo



—**Küyen.** Santiago, la Luna de hoy refleja el sol de mañana.